

CLARET:

UN ESTILO DE VIDA POBRE

❖ El misionero, enviado para proclamar la Palabra de Dios, debe convertirse él mismo, su vida, en palabra de vida y salvación. Por todo eso siempre he querido y procurado tener una vida ejemplar, y así la he pedido a los demás misioneros. El testimonio de la propia vida es el medio privilegiado para la evangelización hoy y siempre, y debe resplandecer ante todo en el testimonio de la pobreza, tal como la vivieron los apóstoles.

En la época que me tocó vivir se adoraba al dinero como al único dios importante y poderoso. Eso facilitaba la avaricia y un profundo egoísmo en muchos. Ante ello, comprendí que la pobreza era la mejor denuncia. Nada tenía y nada quería. Todo mi equipaje era una bolsa con la Biblia, mi libro de rezos, un cuaderno, una muda de ropa y nada más. Me acordaba siempre de Jesús que nació, vivió y murió pobre, y exigió la vivencia de la pobreza a todos los que quisieran seguirle.

❖ La experiencia me dice que las gentes tienen mal concepto del Misionero que no se sabe dominar ni controlar sus apetencias y caprichos. El que es débil, no vale para ser testigo del Señor.

Entendí que debía ser muy austero y cuidadoso en mi forma de hablar, de mirar, de vestir, de comer, de exigir... en todo. Ser Misionero exige estar ante las personas y las cosas siendo testigo de lo que es realmente importante, y del sentido de la vida y de las cosas.

Mi obsesión era ser como el Jesús Misionero: en su modo de tratar a la gente, en su comportamiento, en cómo sabía ser amigo de los niños, los pobres, los enfermos y los pecadores.

❖ Desde que era joven, siempre estaba contento con lo que mis padres me daban, tanto en la comida como en la ropa. No me acuerdo haber dicho jamás «no quiero esto o aquello». Mi madre, que siempre me quiso mucho, me decía:

- Antonio, ¿te gusta esto?

Y yo le decía: - Lo que tú me das siempre me gusta.

- Pero siempre hay cosas que gustan más que otras.

- Las que tú me das son las que más me gustan de todas.

❖ En cierta ocasión tuve que tomar un barco desde Marsella a Civitavecchia (Roma). Pagué el billete de viajar en cubierta, que es el lugar más pobre y barato de toda la embarcación. Como a los que viajan ahí no se les da nada de comida, cada uno debe llevarse lo necesario para el viaje. Lo que yo llevaba era sencillamente una torta de pan y un pedazo de queso para los cinco días. Nos cogió una buena tempestad, y me cayó tanta agua encima, que se me caló toda la ropa, y me mojé el pan y el queso, y así me los tuve que comer, a pesar de estar muy salados, pero como tenía mucha hambre, me supo muy bien.

En esto se me acercó un inglés que me dijo que apreciaba y admiraba mucho a los sacerdotes, y quiso darme unas cuantas monedas. Yo pensé para mí: ¿Qué harás? ¿Aceptarás ese dinero? Y me dijo: Tú no lo necesitas, pero sí un grupo de españoles que viajaban en cubierta, que se les veía muy necesitados. Así que lo acepté, le dije las gracias, y me fui a repartir aquellos dineros entre aquellos infelices, que rápidamente se fueron a comprar algo que comer. Yo no me quedé nada. Me contenté con mi pan mojado. Aquel señor inglés, al verme tan desprendido y que aquellos pasajeros comían lo que habían comprado con el dinero que yo les había repartido, me dijo que se había quedado muy admirado, y me dio escrito su nombre y el Palacio donde vivía para que fuese a verle, que me daría todo lo que necesitase.

❖ Cuando vivía en la Corte, como confesor de la Reina Isabel, escribía: Hay un refrán popular que dice una verdad muy grande: «Menea la cola el pan, no para ti, sino para el pan». Yo veo todos los días señores y señoras que hacen mil fiestas, alabanzas y otras cosas a los Reyes, no para ellos, sino para que les den... Pues yo no quiero ni pretendo nada. Sólo quiero salirme de la corte. No hay obispo en España que no tenga alguna joya o regalo de su Majestad como paga por algún bautizo, o visita, etc. Pero yo no tengo ni quiero nada. Cuando bauticé a la Infanta Concepción, me debían regalar algo, como es costumbre. Pues yo le pedí y supliqué que no me dieran nada, y así fue. Mi satisfacción será, cuando em retire de palacio, poder decir que no tengo de Su Majestad, ni un alfiler.

❖ Hombres hay que, al lado de Sus Majestades, siempre están cazando honores, títulos, cargos, mayores sueldos y grandes cantidades de dinero. Pero yo no he cogido nada, incluso he perdido. Su Majestad se empeñó en que me hiciese cargo de la iglesia y hospital de Montserrat. No me quedó otro remedio que aceptar, ¿con qué ganancias? Con tener que sacar de mi bolsillo 5000 duros para reparar el edificio. Lo mismo digo del Real Monasterio de El Escorial, que no me ha

dado ninguna ventaja, sino disgustos, penas, calumnias y gastos. Por tres veces he querido renunciar a la presidencia, y no me han dejado. ¡Oh Dios mío!, yo no quiero nada de este mundo; no quiero nada más que tu Amor y la gloria del cielo.

«Claret, Misionero Apostólico», Emilio V Matéu

TEXTOS CLARETIANOS

*Salvador nuestro, que te hiciste pobre,
que quisiste nacer pobre,
vivir pobrementemente y morir en la mayor pobreza.
Haz que tus misioneros conozcamos el valor de la pobreza,
que la amemos y practiquemos como tú nos enseñas,
con obras y palabras; y que, a ejemplo de los Apóstoles,
lo dejemos todo para seguirte en el anuncio del Evangelio (Autobiografía 363. 371)*

*Concédenos, Señor, a tus Misioneros
que con nuestra pobreza voluntaria
construyamos la Comunidad de Hermanos,
con un solo corazón y una sola alma,
compartiendo todos nuestros bienes espirituales y materiales,
con los pobres y a su servicio. Amén (Constituciones 24)*

*Te pedimos Señor, que poniendo toda nuestra confianza en ti
y nunca en el poder o las riquezas,
busquemos siempre el Reino que pertenece a los pobres.
Haznos pobres de hecho y de espíritu, que nos ganemos el pan con nuestro trabajo,
que tengamos nuestros bienes a disposición de los demás
y nos alegremos cuando nos toque sufrir las consecuencias de la pobreza. (Constituciones 24-25)*